

EL CAPITÁN DE FRAGATA JOSÉ DE CÓRDOVA Y ROJAS EN LA REVOLUCIÓN RIOPLATENSE

Carlos PESADO PALMIERI (*)



JOSE de Córdoba y Rojas fue uno de esos impensados protagonistas históricos, quien por la fuerza de los hechos desempeñó un rol estelar en un hábitat extraño a su nacimiento, profesión y deseos personales, donde excusada por la épica moró la impiedad con el vencido, poseyendo su desgraciada figura el rostro bifronte del victimario y de la víctima.

De familia ilustre, descendiente del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, nació en la Villa de la Real Isla de León, hoy ciudad de San Fernando, el 5 de abril de 1774. Hijo de José de Córdoba y Ramos, teniente general de la Real Armada y caballero pensionado en la Orden de Carlos III, quien fuera vencido en el combate naval de San Vicente (1797) por el almirante inglés Jervis, y de doña María Julia de Roxas Espinosa y Blanqueto, natural de la ciudad de Cádiz, casados en La Isla por la jurisdicción castrense.

Recibió el primero de los sacramentos de nuestra fe católica con los nombres de Joseph María de los Dolores, Vicente Ferrer, Ramón Luis Antonio. La educación del joven fue acorde a su noble prosapia: a los diez años de edad se le armó caballero de la Real Maestranza de Sevilla, como descendiente de los primeros fundadores de ella.

Ingresó a la Real Armada con tan sólo 13 años, edad menor a la permitida, gracias a una dispensa que se le otorgó (1). La academia elegida para su

(*) Catedrático de Historia Argentina y Americana del Colegio Militar de la Nación (Argentina), de la Pontificia Universidad Católica Argentina «Santa María de los Buenos Aires» y de la Universidad del Salvador (Buenos Aires).

(1) Archivo del Museo Naval de Madrid. Expediente 1836: «Probanza de Guardiamarina de José de Córdoba y Rojas». Copia de constancia de Bautismo. Manuscrito 2141: Dispensa de edad para el ingreso a la Academia de Cádiz.



Capitán de fragata José de Córdoba y Rojas.
(Museo Naval. Madrid).

formación militar fue la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz, creada en 1717 por idea de José Patiño.

Sentó plaza de guardia marina en 1787, ascendiendo a alférez de fragata en 1790. Como todo oficial subalterno, en los inicios de su carrera fue integrando distintas dotaciones, buques y escuadras, sumando experiencia y millas navegadas y siendo subordinado de numerosos jefes de aquella Marina ilustrada cuyos principios pilares y rectores eran el honor, el valor y la lealtad.

Dado que el escenario de nuestro relato se circunscribe al virreinato del Río de la Plata, donde transcurrieron los últimos siete años de su corta y trágica vida segada a los 36,

damos una extrema síntesis de su carrera naval previa, donde se destacó en todas las acciones en las que participó, siendo recomendado por sus superiores por su valor y serenidad.

Su primer viaje al nuevo mundo lo realizó a la América septentrional en el navío *Asia* entre 1794 y 1795, contando en su hoja de servicios con 19 acciones de guerra (2), antes de las gloriosas jornadas de 1806 y 1807 que le esperaban en el Río de la Plata.

En el crucial combate naval de San Vicente, donde fuera derrotada la escuadra española del Océano comandada por su padre frente a los ingleses, era ya teniente de fragata y estaba al mando del bergantín *Vigilante* de 12 cañones, interviniendo —pese al desenlace adverso— intrépidamente ambos Córdoba y el futuro virrey del Río de la Plata, Baltasar Hidalgo de Cisneros, derrocado en Buenos Aires tras los sucesos de mayo de 1810.

Un año antes de la derrota de San Vicente, el 4 de mayo de 1796, José de Córdoba y Rojas se casó con la que sería la madre de sus siete hijos, doña

(2) PAVÍA, F. P.: *Galería biográfica de los generales de Marina*. Imprenta a cargo de J. López; Tomo I; pp. 373-376. Madrid, 1873.

María de la Paz Valcárcel y O'Conry (3). Ella nació en San Fernando, como su esposo, el 15 de mayo de 1776 y era hija de Adrián Valcárcel, oficial de la Real Armada, quien alcanzó el grado de jefe de escuadra, siendo reputado en la Armada por un honrado y valiente marino.

El 2 de agosto de 1798 nació su primer hijo, a quien pusieron de nombre Luis, protagonista de la historia de España durante la primera Guerra Carlista.

En la urca *Polonia* salió el 31 de marzo de 1802 hacia La Habana, y en noviembre traspasó a la fragata *Astrea*. En ella salió de Cádiz para Montevideo el 25 de septiembre de 1803, donde se le asignó el mando de la goleta *Paz*.

Destacado partícipe en la defensa de nuestro virreinato durante la invasión británica al Río de la Plata en 1806 y 1807, se radica en Montevideo con su familia, siendo padre de siete hijos, nacidos casi todos ellos en ambas orillas del gran estuario, por los que demostró siempre preocupación especial y fuerte y conmovedor afecto (4).



Guardia marina Córdoba y Rojas.
(Museo Naval. Madrid).

(3) Primera marquesa de Mendigorriá y vizcondesa de Arlaban. Se le concedió tal honor en 1845 para «honrar la memoria del Teniente General D. Luis Fernández de Córdoba (su hijo) por los eminentes servicios que prestó al estado (...)». Así reza la Real Orden de concesión. AHN-Nobleza. Fondo Mendigorriá, caja 17, doc. 82.

(4) Hijos de nuestro biografiado fueron Luis, quien mandó el Ejército del Norte durante la Guerra Civil y venció a los carlistas en la célebre batalla de Mendigorriá; y Fernando, quien fue general en jefe del Ejército destinado a Italia para proteger el reestablecimiento del poder temporal del Sumo Pontífice, y también varias veces ministro de la Guerra.



Buenos Aires, 1776.

Sus méritos y ascensos logrados

Invasida la capital del virreinato por las tropas británicas en 1806 y 1807, tuvo la posibilidad de confirmar sus méritos castrenses. Para su desgracia, la victoria sobre esta reiterada y aviesa agresión fue, a nuestro entender, lo que posibilitó la formación del ejército criollo emancipador, partícipe decisivo en la gesta independentista rioplatense (5).

La rendición de la ciudad de Buenos Aires el 26 de junio de 1806 motivó que el entonces teniente de fragata Córdova y Rojas, junto a otros jefes y oficiales, entre los que estaban Gutiérrez de la Concha y Michelena, propusiera al gobernador de la plaza de Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro, un plan de rescate fechado el 11 de julio de 1806, siendo éste cumplido con exactitud en la reconquista hasta el desembarco, aunque debió abandonarse luego la ejecución de su segunda parte.

(5) PESADO PALMIERI, Carlos; RUBE, Julio H.: *La Invasión Británica al Río de la Plata 1806-1807. Heroica génesis del ejército emancipador criollo*. Buenos Aires. CMN, 2007.

El comando superior de la expedición fue ejercido por Santiago de Liniers; Gutiérrez de la Concha estuvo al frente de las fuerzas de desembarco, y Córdova y Rojas se desempeñó como mayor general del Ejército. Historiadores argentinos como Laurio Destefani y Miguel Ángel de Marco destacan la actuación heroica y brillante de los protagonistas citados en estas acciones y la gravitación preponderante de la Armada española en todas las operaciones militares libradas para entonces en el Plata (6).

Fue Córdova y Rojas quien penetró, junto a una compañía veterana, en el fuerte de Buenos Aires ocupado por Beresford para solicitarle la rendición. Cuando el comandante inglés preguntó quién respondería por su vida, Córdova contestó que él con la suya. Conforme Beresford, salió del fuerte con Córdova y Rojas, De la Quintana y Mordeille para unirse a Gutiérrez de la Concha en la plaza y rendirse formalmente al capitán de navío Liniers (7).

Del ataque británico de 1807 sabemos, por la recomendación de ascenso que elevó Juan Gutiérrez de la Concha, que José de Córdova y Rojas se trasladó luego de la reconquista de Buenos Aires hacia Montevideo, donde participó en todas las acciones, incluida la terrible del 20 de enero a la cual se ofreció voluntariamente y en donde en el paraje denominado El Cardal fueron sorprendidos por los británicos que, emboscados, masacraron a mansalva a las fuerzas españolas y rioplatenses.

Después de la pérdida de Montevideo logró regresar a Buenos Aires para reincorporarse inmediatamente a las órdenes de sus superiores. Gutiérrez de la Concha lo eligió como ayudante y secretario interino, desempeñándose a su total satisfacción.

Las razones por las cuales no se halló en el combate del Retiro del 5 de julio de 1807, donde se encontraban casi todos los miembros de la Armada al mando de Gutiérrez de la Concha, eran por haber estado bajo las órdenes directas del propio comandante Liniers. Igualmente se halló en el Fuerte dirigiendo los fuegos de la artillería «con la mayor serenidad y acierto», según quedó documentado.

Olvidado por sus superiores en las iniciales recomendaciones generales de ascenso por un descuido burocrático, Liniers, para enmendar el error, elevó a la superioridad un oficio fechado el 14 de septiembre de 1808 con las más grandes consideraciones. En él lo destaca como oficial sobresaliente, de toda

(6) DESTEFANI, Laurio: (dir). *Historia Marítima Argentina*. Buenos Aires. Departamento de Estudios Históricos Navales, 1985; Tomos IV y V. DE MARCO, Miguel Ángel: *La Historia contemplada desde el río. Presencia naval española en el Plata, 1776-1900*. Educa. Librería Histórica. Buenos Aires, 2007.

(7) PESADO RICARDI, Carlos N. A.: *Gutiérrez de la Concha. Una vida para el Rey*. Ministerio de Defensa. Instituto de Historia y Cultura Naval. Madrid, 2007.

su confianza, siendo sus servicios en la acción «de los más distinguidos e interesantes», ya que en ambas etapas de la agresión británica, ocurridas en 1806 y 1807, fue «mi Mayor General [dándome] las más altas pruebas de su heroico valor y actitud para toda clase de comisiones».

Su probados méritos en la reconquista (1806) y la defensa (1807) de la ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires le hicieron acreedor del ascenso a capitán de fragata.

El virreinato rioplatense y los conatos revolucionarios altoperuanos de 1809

Narra el cronista español de la *Guerra insurreccional de la América del Sur...*:

«En esta parte austral, la ciudad de Chuquisaca fue la primera que perturbó el orden público, deponiendo al presidente de aquella Audiencia a pretexto de un tumulto popular, y quedando en manos de los oídores, no sin graves sospechas de haber ellos fraguado aquel sedicioso movimiento...

Para remediar estos atentados envió el Excmo. Sr. Cisneros, virrey de Bs. As., al mariscal de campo don Vicente Nieto con algunas tropas, quien logró en breve aquietar aquellos primeros movimientos y poner todo en orden» (8).

Hay que señalar que el gobernador intendente de Cuzco José Manuel Goyeneche era uno de los iniciales partidarios de la infanta Carlota Joaquina, esposa del príncipe regente de Portugal Juan VI, que se hallaba con su corte en Brasil con aspiraciones de establecer una regencia en los territorios hispanoamericanos, dado el apresamiento de su hermano Fernando VII en poder de Napoleón Bonaparte.

El arzobispo Benito Moxó y el gobernador intendente de Chuquisaca, Ramón García Pizarro, habían simpatizado con esa idea, interpretando los miembros de la Audiencia y los vecinos esta situación como una entrega a los portugueses.

El 25 de mayo de 1809 el gobernador intendente fue depuesto y encarcelado, y al grito de «Viva Fernando VII» tomaron el poder los criollos, formando una junta de gobierno que juró obediencia al rey y reconoció la autoridad del virrey del Río de la Plata. Intervinieron activamente en estos sucesos dos personajes de fuerte incidencia en las acciones independentistas, culminadas

(8) MENDIZÁBAL, Francisco Javier: *Guerra de la América del Sur. 1809-1824*. Academia Nacional de la Historia; p. 27. Buenos Aires, 1997.

finalmente en la batalla de Ayacucho: Bernardo de Monteagudo y Juan Antonio Álvarez de Arenales (9).

Muy otro fue el carácter del movimiento revolucionario acontecido en La Paz el 16 de julio de 1809, donde se promovió una rebelión que para el cronista virreinal fue:

«Con mayor desorden e insultos, porque desenfrenada la plebe y perdido el respeto a la autoridad, se arrojó al saqueo de los europeos y aún a quitar la vida algunos que no pudieron ocultarse para evadir su furor» (10).

J. Linch (11) diferencia las facciones rivales hispano-criollas que se disputaban el poder en Chuquisaca «en el vacío creado por la caída de la monarquía», del levantamiento de La Paz, «genuinamente americano», que bajo la conducción de Pedro D. Murillo fue «abiertamente radical y buscaba la autonomía del Alto Perú tanto respecto de Buenos Aires como de España».

Dividieron al movimiento los conflictos sociales y raciales, imponiéndose finalmente el criollo Juan Pedro Indaburu, enfrentado con Murillo. El virrey del Perú, Fernando de Abascal, ordenó al general Goyeneche que se pusiera al frente de las tropas y sometiera a los hombres de La Paz. Goyeneche y Pío Tristán, ambos americanos, reprimieron sangrientamente la poblada, siendo ejecutados varios jefes de la misma.

(9) Juan Antonio Álvarez de Arenales (1770-1831), meritorio guerrero de la Independencia americana, castellano de origen, nacido en Reinosa, Santander, el 13 de junio de 1770 y ciudadano argentino en 1813, abrazó desde muy joven la carrera de las armas, ingresando como cadete en el Regimiento de Burgos, pasando por su voluntad al Río de la Plata en 1784.

Desde 1795 y durante la primera década del siglo XIX tuvo distintos destinos en el Alto Perú, provincias de Cochabamba y Charcas, donde fue testigo de abusos y opresiones del régimen borbónico decadente.

Se solidarizó con la población indígena y reclamó en informes al virrey contra los excesos del gobernador Viedma. En oportunidad del movimiento revolucionario del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca se enfrentó con las autoridades españolas, y depuestas las mismas fue nombrado comandante general de Armas de las fuerzas patriotas.

Sofocada la rebelión fue preso, sus bienes confiscados y trasladado después de medio año de prisión a la fortaleza de El Callao, donde permaneció severamente recluso 15 meses más, constituyendo el lapso entre su evasión y el regreso a Salta una sucesión de episodios desgraciados, donde naufragio, desnudez y hambruna, junto a las malas nuevas de la derrota de Huaqui el 20-06-1811, no lograron quebrar su carácter ni su compromiso con la causa americana. PESADO PALMIERI, Carlos: *Biografías Militares Argentinas*. Colegio Militar de la Nación, IESE, p. 18. Buenos Aires, 1998.

(10) MENDIZÁBAL, Francisco Javier: *op. cit.*, p. 27.

(11) LINCH, J.: *Las Revoluciones Hispano americanas (1808-1826)*, p. 63. Ariel. Buenos Aires, 1973.

Con el mariscal Nieto, camino a La Plata (Chuquisaca-Charcas)

Siendo virrey Liniers, Goyeneche había pasado por Buenos Aires. Cuando Cisneros lo reemplaza, es Córdoba y Rojas quien viaja a Montevideo en julio de 1809 a darle garantías al nuevo funcionario enviado por la Junta Central del acatamiento de su designación por parte de su predecesor. Es éste el momento ápice del «carlotismo» en el Plata (12) y, aunque el nuevo virrey tome rápidamente decisiones en su contra, el clima conspirativo y de desconfianza no amengua en las principales plazas virreinales.

Tales son las razones que impulsan a Cisneros a enviar al mariscal Vicente Nieto a reorganizar las provincias alto peruanas que le dependían, evitando derramamientos de sangre, y sus colaboradores directos, como Córdoba y Rojas, se comportaron acorde a las órdenes recibidas, documentándose en proclamas y acciones previas y posteriores la actitud benigna de estos dos españoles con los revolucionarios, mientras que Goyeneche y Pío Tristán, americanos, reprimieron con gran violencia y sangre.

Era sin duda Córdoba y Rojas un hombre de mar. Nacido a orillas del Mediterráneo, descendiente de varias generaciones de marinos, había participado para entonces en sus 21 años de servicios en 27 acciones de guerra naval.

Los hechos bélicos en los que había tomado parte durante la invasión británica al Plata sucedieron todos en ciudades-puertos o en sus proximidades. Bien distinto ha de ser el horizonte que avizore y sufra desde las mediterráneas intendencias de Córdoba y Salta del Tucumán hasta el altiplano boliviano, dentro del extensísimo virreinato creado por Carlos III en 1776, mensurable en miles de kilómetros.

Le aguardaban jornadas extenuantes, pueblos miserables, enfermedades por doquier y el sino de su derrota total en Suipacha, junto al patíbulo a 4.060 metros de altura en el Potosí español, cerro y meca de la plata, en cuya ciudad fuera ejecutado el 15 de diciembre de 1810.

Trasmite en las cartas que escribe a su mujer referencias sobre la geografía que recorre en largas y penosas jornadas, con oscilaciones climáticas extremas, diezmada la tropa por enfermedades, que también aquejaban a jefes y oficiales y hacían lentos los avances, ante un paisaje de desolación y muerte, cuya belleza natural no advierte, agobiado por las inclemencias del tiempo, lo inhóspito de ciertos parajes y su propio desánimo, que crece cuanto más se aleja de su núcleo familiar. Falta de caballos, sobra de aguaceros, construcción

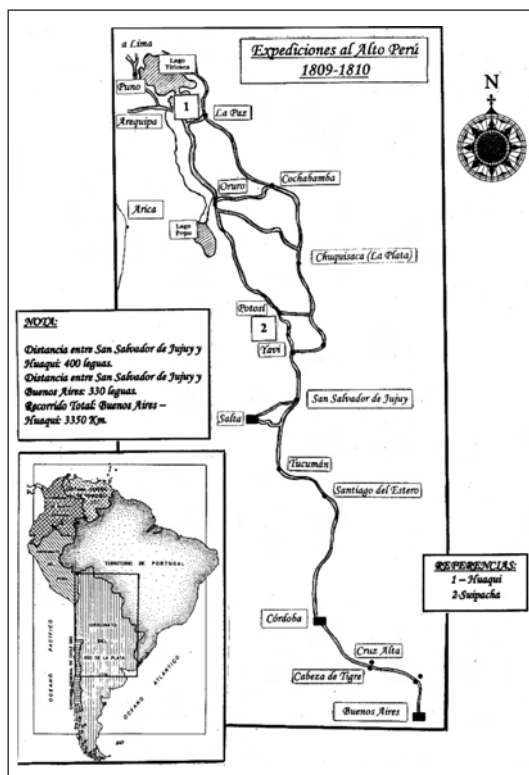
(12) ETCHEPAREBORDA, Roberto: *Qué fue el Carlotismo*. Buenos Aires. Plus Ultra, 1971.
LOZIER ALMAZÁN, Bernardo: *Liniers y su tiempo*. Buenos Aires. Emecé Editores, 1990.

de balsas, jornadas malditas, «malditas mulas» (13), mal humor cotidiano, excesivo calor, excesivo frío, sin tiendas de campaña, sin médico, sin capellán.

Todo esto sólo desde Córdoba a Humahuaca, pueblo de indios a 100 leguas de Jujuy, en un transitar con las tropas cercano a los 60 días de continua marcha desde fines de septiembre de 1809.

Sus penurias son descritas en las misivas a su esposa (14). En las últimas tres, escritas ese año entre noviembre y diciembre, narra el trayecto de la expedición desde Moxo hasta su llegada a Chuquisaca, sede de la presidencia de la Audiencia de Charcas y del gobierno del mariscal Nieto, adonde arriba en Navidad. En estos relatos, la descripción del clima y la mala salud son temas excluyentes. Ésta afecta tanto a Nieto como a él, a los oficiales y a la tropa, dado que el «soroche», mal de montaña causado por el enrarecimiento del aire en las alturas, atacaba a todos, produciendo una fuerte angustia por no poder respirar.

Había llegado a la ciudad que fuera símbolo de riqueza, ostentación y vicios en la Sudamérica española, sede gubernamental con Audiencia, Obispado y Universidad de justiciero renombre. Fue un observador superficial y



Campañas al Alto Perú.

(13) Tormento que maldice y profetiza su adversidad futura: 600 de ellas no le son provistas después de Cotagaita (27 de octubre de 1810), a las que responsabiliza por no poder perseguir a las tropas revolucionarias rechazadas, demora que ocasiona su posterior derrota en Suipacha (7 de noviembre de 1810).

(14) PESADO RICARDI, Carlos N. A.; PESADO PALMIERI, Carlos: *Vida y sino trágico de José de Córdoba y Rojas. De Buenos Aires a Potosí. Cartas a su esposa (1809-1810)*. Academia Nacional de la Historia. Congreso Extraordinario Internacional «Vísperas de Mayo». Córdoba, Argentina, 2008.

poco entusiasta de la plaza que juzgó Concolorcorvo, la ciudad más hermosa y bien plantada del virreinato, aunque de sus 150.000 habitantes de principios del siglo XVII quedarían menos de 10.000 en el alba del siglo XIX.

«...hasta ahora lo único que he visto es la Catedral que es muy bonita y proporcionada a un pueblo de poca extensión, los más de los altares todos de plata.

Las calles malas porque son de cuevas; las casas por lo exterior feísimas y el aspecto del pueblo no me gusta nada, nada.»

Era éste el punto final de su «peregrinación». Su destino, junto al de Nieto, tenía por meta La Plata o Chuquisaca, la hoy Sucre, la siempre Charcas, destino marcado por desencuentros con su superior, una precaria salud e incontenibles deseos de regresar junto a su familia.

Desde Buenos Aires se había tentado por una comisión que a primera vista quizá juzgó óptima. Ahora el panorama era muy distinto para este marino que agostó su vida a miles de metros sobre el nivel del mar y en quien crecían el desencanto y el descontento a la par.

Todo se interrumpe, los acontecimientos se precipitan, los pueblos se sublevan, las lealtades defecionan, la impiedad se generaliza y los hombres,



Plano de la ciudad de La Plata, Charcas o Chuquisaca, año 1779.

como las hojas en esta primavera revolucionaria, son llevados por el viento de las pasiones de un extremo al otro de sus propios límites, entre la cordura y el desvarío.

Su carácter

Su relación con Liniers, Gutiérrez de la Concha y Nieto tuvo connotaciones distintas. Su pertenencia a la misma fuerza de los dos primeros quizá brinde la explicación más simple y cierta de su admiración, lealtad y acción comprometida y eficaz con ambos marinos.

Nos cabe suponer que de haber permanecido en Córdoba hubiera corrido igual suerte que ellos. Ladero de Nieto, cuyo genio, rusticidad, dubitación y estilo castrense despreciaba en su fuero íntimo, exacerbó sus propios defectos, que se adivinan en su epistolario marital de manera indubitable.

El temor y la prudencia para con su superior, a quien no estima pero para el que guarda la debida subordinación y una cierta obsecuencia, aquí se manifiesta:

«...me incomoda el venir con este señor a quien tanto hay que sufrirle por su fuerte genio, continuas rarezas, y delicadeza sin límites, agrégase a todo esto que soy mártir del silencio...»

En esta carta su espíritu militar aún está indemne, con la soberbia y prepotencia propia del veterano aguerrido que, temerario, descalifica al enemigo, e invocando a su líder como ejemplo —en este caso a Liniers—, con osadía se expresa seguro del triunfo final:

«La Paz está mala y allí sí será necesario usar de las armas, bien que con seguridad se puede afirmar un feliz éxito pues naturalmente estas gentes son cobardes... Esparcen la noticia de que a nadie temen teniendo ellos 10 mil infantes y 30 mil indios; esto es mentira, y si fuese verdad diremos lo que Liniers, “a más moros, más ganancias”». Tucumán, 18 octubre 1809.

Trece meses antes de su ejecución le es confiado a Córdoba y Rojas el mando que habrá de signar trágicamente su destino: «Desde que marchamos de Jujuy donde se me dio a reconocer por el Mayor General del Ejército...». Todo da cuenta de su eficiente actividad militar y el buen concepto que su jefe le tiene: «estoy con él en el mejor predicamento». Cuando al final se radican en Charcas constatamos cómo Nieto —un enfermo crónico—, Córdoba —un hipocondríaco— y Paula Sanz —aquel octogenario gobernante veterano del Potosí, de probable sangre real— coinciden en móviles y errores corriendo en pos de la misma fatal suerte. El hombre en crisis se trasunta en la excluyente

obsesión por regresar a Buenos Aires con su familia, mientras las tensiones y estallidos en el Alto Perú se suceden sin solución de continuidad.

Algunos textos transcritos dan escozor; la mirada negativa sobre la ciudad y su gente, aún más; desgarramiento interior que ha desangrado la entereza del personaje, violentándolo con todos y con todo:

«Este Pueblo es uno de Galicia y aun peor, no hay caudales, todos viven del sueldo del Rey o de las rentas de la Iglesia, es una miseria absoluta, y me admira como viven los pobres siendo tan holgazanes que nada trabajan: quien hable bien de Chuquisaca es porque quiere hacer papel sin ser nadie, o muy vicioso con su sexo opuesto; que pueblo de mierda... violento estoy con un hombre tan malo como este por mas que me distinga... Las justicias de la Paz ya se han verificado en los principales que fueron ahorcados en el número de 9...». La Plata, 10 de febrero de 1810.

Incarcel 9. de Tupiza 22 de Setiembre de 1810
 Paz mía: no puedo decirte mas sino que estoy bueno, y en Tupiza, mitad del camino a Salta, a cuyo pueblo voy con mi ejército a favorecer o castigar según se comporte. Se me ha conferido el mando general del Ejército y la comisión competente, y tengo 2.500 hombres... Vete pronto a Montevideo con nuestros hijos». (Cuartel General de Tupiza, 22 de septiembre de 1810, doc. 128).

Los nueve ajusticiados doce días atrás, el 29 de enero, eran Murillo, Catacora, Bueno, Jiménez, Graneros, Figueroa, Jaén, Lanza y Sagárnaga; esta medida radicalizó los enfrentamientos posteriores. Nieto, en un bando del 23 de junio de 1810, anticipó en todo su horror la guerra civil que sobrevendría por años: «...y se matarán unos a otros, los padres, hijos, parientes y amigos...».

Una comisión aceptada inicialmente con entusiasmo, luego con prevenciones y finalmente, aun a riesgo de perder carrera y posición, con total rechazo, pidiendo incluso su relevo: «...si no salgo pronto de este país pronto dejaré de existir». La Plata, 26 de mayo de 1810.

No por casualidad se interrumpe esta comunicación epistolar al día siguiente de la

Revolución de Mayo en Buenos Aires. Si hubo otras en el archivo familiar no se registran, salvo esa última del 22 de septiembre desde el cuartel de Tupiza, con ánimo vencedor, dispuesto a invadir Salta con un ejército fuerte de 2.500 hombres y a la espera de otro contingente similar como reserva, sin saber que emprendía el camino de su muerte.

En la Hoja de Servicios de Córdova y Rojas se señala textualmente:

«Posesionado el General Nieto del mando de la presidencia de Charcas, dio el de sus tropas a Cordova, y ya fuese por la confianza que tenía de su inteligencia, o ya por considerar que sus oficios y recomendaciones habrían sido atendidas, siempre lo empleó en comisiones superiores a su graduación, hasta que de resultas de la revolución de Buenos Aires, deposición de su Virrey y demás ruidosos acontecimientos por orden del Virrey de Lima se mandó al presidente Nieto ir a sujetar a los rebeldes del Río de la Plata.

En esta época dio el mando de la vanguardia compuesta de 2500 hombres a Cordova, la mayor parte de los naturales del país y de Buenos Aires, que aunque en el primer ataque hicieron su deber y derrotaron a los revolucionarios, en el 2.º por no tener el freno de los europeos que habían sido sacrificados en el 1.º choque, se pasaron al partido de sus naturales y sacrificaron por su maldad a sus jefes Nieto, Cordova y Sanz, como consta por los oficios y papeles.

De lo expresado se deduce, que Cordova no murió como un simple Capitán de Fragata, y sí como un 2.º Jefe de un ejército, cuya cabeza era Nieto: que tanto en sus gazetas como en los demás papeles de Buenos Aires, lo tratan los insurgentes como 2.º Jefe revolucionario, y como tal lo fusilaron, habiendo indultado a todos los demás oficiales subalternos del Ejército.» (15).

Conclusiones

El personaje estudiado vivió un singular protagonismo en el espacio rioplatense de la primera década del siglo XIX. El sol emancipador que asomaba en el Plata con fuerza incontenible signó un crepúsculo trágico para su vida, finalizada en el cadalso en ese mismo año de 1810.

La contrarrevolución hispanoamericana en nuestro virreinato, salvo en las plazas fuertes de Asunción y Montevideo, a fines de 1810, estaba contenida, aunque entrañaba aún cercano y grave peligro.

Junto con Sanz y Nieto muere ajusticiado y burlado, con mayor crueldad que la suerte aciaga similar corrida por Liniers, Gutiérrez de la Concha, Allen-

(15) AHN (Nobleza). Fondo Mendigorría, Caja 17, documento 101.

de, Rodríguez y Moreno en el monte de los Papagayos, apenas tres meses atrás. El Mayo revolucionario, bajo la incitación y dominio de los miembros jacobinos de la Junta Gubernativa de Buenos Aires, se cobró en Córdoba y Potosí sus primeras víctimas (16).

Su martirologio en particular fue heroico, aunque ciertos velos lo desdibujen. Bien está que reposen sus restos en el Panteón de Marinos Ilustres de San Carlos, en San Fernando, Cádiz, junto a Liniers y Gutiérrez de la Concha, sacrificados en parecidas circunstancias, aunque el podio de la memoria histórica de éstos alcance otras dimensiones.

También consideramos que como víctimas es totalmente injusto equiparar a Vicente Nieto Navarro y a José de Córdoba y Rojas, españoles por nacimiento y lealtad, con el sanguinario arequipeño José Manuel de Goyeneche, que cierta historiografía peninsular, en controvertido juicio, lo consideró magnánimo con sus vencidos; ni, por otra parte, juzgar las acciones, procedimientos y consecuencias de los dos primeros con la misma responsabilidad en sus funestos resultados que el desempeño de Juan José Castelli, representante de la Junta Gubernativa de Buenos Aires en el Alto Perú, cuna de tantas rebeldías y clamores por la libertad. En relación a ello, los dos americanos enfrentados superaron con creces cuanto parangón intentáramos cotejar.

La ley del talión centuplicada extenuará la tierra altoperuana, y aquel «americanos del Oeste, hermanos míos» de las proclamas venideras del piadoso y clemente general Manuel Belgrano, creador de la bandera nacional argentina, será una voz en el desierto ante los baños de sangre cada vez más crueles y masivos que se sucederán por otros 15 años, hasta su independencia y segregación.

En cuanto a José de Córdoba y Rojas, su biografía merece un final interpretativo abierto, al considerar cuánto pudieron influenciar en su carácter ciclótico las desconocidas cartas que a lo largo de estos dos años fuera del hogar le enviara Paz Valcárcel.

José de Córdoba y Rojas fue en definitiva un destacado oficial de Marina español, de familia ilustre y antigua tradición naval, que tuvo un rol protagonista ejemplar durante la invasión británica al Plata entre 1806-1807.

(16) Narra y juzga así Pavía los momentos finales de nuestro personaje: «...elegido Córdoba, Mayor General del ejército del General Nieto que sostenía con la fuerza de las armas la dominación española en un encuentro con los rebeldes quedó prisionero, y hollando el derecho de gentes entre Gobiernos cultos, fue fusilado D. José de Córdoba en la Plaza de Potosí el 14 (*sic*) de Diciembre de 1810, y lo colgaron, ya difunto, en la horca. Así terminó su carrera y vida este bravo marino y leal español, demostrando en los últimos momentos de su existencia aquel valor sereno y aquel desprendimiento por la vida, que tanto realce le habían dado, en los multiplicados hechos de armas de su noble profesión.

Los nombres de Liniers, de Concha y de Córdoba, que fueron inhumanamente fusilados por los disidentes de la América del Sur, ocuparán siempre un lugar distinguido en los anales de la marina española, como tipos de lealtad y patriotismo». PAVÍA, F. P.: *op cit.*, pp. 373-376.

En esta América Meridional nació la mayoría de sus hijos, y Buenos Aires, capital del virreinato, fue final sede de su hogar. Su desempeño posterior en un hábitat extraño a su nacimiento, profesión y residencia familiar crece en responsabilidades que «en forma intempestiva», afirmará él, asume, mientras transita adversidades que no sabe superar.

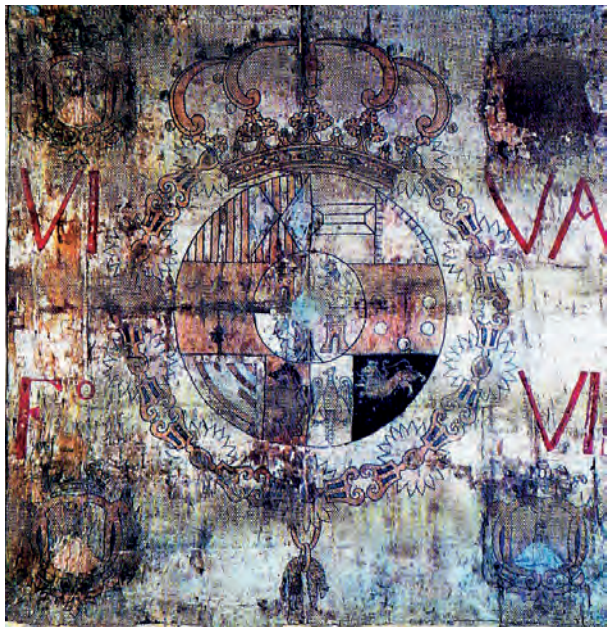
Todo ello quedó reflejado en el epistolario íntimo que escribió a su mujer con confidencias sobre su estado de salud y de ánimo, así como su juicio cada vez más severo en contra de su superior inmediato, el mariscal Nieto. Es esa intimidad coloquial la que desvela el carácter quebrado del personaje en tales circunstancias críticas y nos explica, quizá, el último contacto epistolar con Antonio González Balcarce, que la Revolución hará público para demoler su figura y justificar luego su ajusticiamiento, cuando vencido en Suipacha, fronterizo en sus reservas morales y en su racionalidad, confidencialmente le ofrece a su amigo:

«Venció Ud. en la lid, y ahora estoy dando las órdenes más activas para que se rejunte lo que ha esparcido el indigno presidente. Reconozco la Junta, me someto a ella, lo mismo hace esta marina, y lo mismo harán las tropas que yo he mandado». (*Gaceta Extraordinaria de Buenos Ayres*, lunes 3 de diciembre de 1810).

El final de la esquila nos brinda un rasgo más del estado en que se encuentra el personaje:

«Dirá a usted Soma-lo (el oficial que envió para ofrecer al día siguiente de su derrota la capitulación del 8/11/1810, donde deja sentado que hace tres días y tres noches que se halla sin comer ni dormir) lo que no tengo tiempo ni cabeza de explicar...»

El historiador es consciente de que todo juicio histórico es plausible de revisión. Care-



Bandera capturada al Ejército realista en Suipacha.

ce mos nosotros de registros documentales, que quizá existan u otros posean, sobre la conducta de Córdova y Rojas, prisionero desde el 13 de noviembre hasta su muerte 32 días después (17).

Desconocemos esos posibles manuscritos o su voluntad testamentaria expresa. No todo concluye en la simplicidad de un apotegma condenatorio por su rendición total y su ofrecimiento de luchar junto con sus vencedores contra su antiguo jefe, prueba al fin de la frecuente oscilación de fidelidades, no sólo en ese momento histórico en donde todos proclamaban ser leales al rey Fernando VII, sino verificable sobradamente durante la bicentenaria vida independiente argentina.

De allí que quisiéramos destacar, con ánimo prudente, la clave que se desprende de las palabras de ese hombre de honor en compulsión, cuando en el oficio formal de su rendición escribe a su vencedor:

«...soy tan grande en mi pensamiento que la capitulación que formo (*sic*) sobre las vidas de mi subalternos no me es comprensiva pues tengo por amor propio y vanagloria que solo aspiro a hacerme memorable en mi nación por los términos de heroicidad.»

La historia, en fin, de un hombre que en la pendiente de la depresión psíquica defecciona del espíritu militar atinente a su personalidad, opaca sus valores y virtudes y paga el más alto precio por ello: su propia vida, que en esas últimas líneas ofrece a la inmisericorde soberbia del vencedor (18).

(17) La muerte de Córdova fue en la plaza de Potosí el 15 de diciembre de 1810, por lo que consta que sirvió al rey y a la patria, por la que murió, 23 años, 3 meses y 19 días, y en la que se halló en 29 acciones de guerra, habiendo fallecido a los 36 años, 8 meses y 11 días. AHN (Nobleza). Fondo Mendigorría. Caja 17, doc. 101.

(18) Patíbulo que, más allá de otras consideraciones, fuera así juzgado por nuestros primeros historiadores. Esa ejecución para B. Mitre fue «la señal que la guerra entre realistas y patriotas era a muerte. La revolución había laureado su bandera y la tiñó en sangre». *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires, 1887 (ed. Jackson s/f.), t. I, p. 351. V. F. López agregó: «¡Cuánta mayor honra habría sido para nuestra Revolución de Mayo que los hombres que la gobernaban hubieran sido clementes! Pero no lo fueron». *Historia de la República Argentina*. Buenos Aires, La Facultad, 1926, t. III, p. 210.